

RESEÑAS / REVIEWS

Espino López, Antonio. *Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú.* Madrid: Desperta Ferro, 2019, 368 págs., mapas e imágenes.

En enero de 2019, el cordobés Antonio Espino López, doctor en Historia, publicó un libro de historia de la guerra en las Indias. Esta obra es producto de la carrera del investigador, quien ha escrito sobre los conflictos relativos a la Corona de Aragón en los siglos XVII y XVIII, la conquista de América e historia militar en general, aportando siempre una visión crítica personal.

En esta obra, el autor explica los principales acontecimientos bélicos sucedidos en el Virreinato de Perú y en Chile durante la primera mitad del siglo XVI desde la perspectiva de la historia de la guerra. Por un lado, analiza los objetos de estudio clásicos contemplados en esta disciplina como un desarrollo del proceso histórico rico en localizaciones geográficas y fechas: la explicación de batallas, combatientes, comentarios sobre estrategias, estrategias, la descripción del armamento y las hazañas militares más destacadas. Por otro lado, el autor completa la obra mediante descripciones aportadas por los cronistas de los personajes más relevantes y deja constancia de los sentimientos y las sensaciones de los participantes en las batallas, ya sea porque ha quedado constancia en las fuentes, ya porque ha realizado un profundo trabajo de investigación e interpretación. Pero conviene destacar especialmente el elemento constante en la narración de la constatación del dolor, sufrimiento y de las muertes que los invasores causaron a los indígenas durante la conquista y las Guerras Civiles. Asimismo, la exposición se complementa con el relato de las atrocidades cometidas entre los colonizadores durante el conflicto civil.

El autor ha apoyado la explicación en las crónicas indianas y documentación diversa, y también se ha valido de bibliografía especializada. Asimismo, es importante destacar el uso de comentario crítico de las distintas fuentes primarias y las visiones de otros autores y el empleo de comparaciones entre las mismas.

En el presente libro, tras unos mapas iniciales, se localiza la introducción, seis capítulos, la conclusión, el apéndice, la bibliografía y un índice analítico. Los capítulos tienen una extensión desigual: el primer capítulo («Un imperio por conquistar: el estado inca y su organización»), el tercero («Almagro, Valdivia y la conquista de Chile, 1535-1537») y el sexto («El levantamiento de Girón, 1553-1554») tienen menos de 30 páginas (26, 22 y 24 respectivamente), mientras que el segundo capítulo («La caída del Imperio inca») tiene 88 y el quinto («La rebelión de los encomenderos»), 82 páginas.

En cuanto a las ilustraciones, al principio hay un compendio de mapas y esquemas que ilustran tanto los principales movimientos de ejércitos y huestes contenidos en el libro, como la situación inicial y la evolución de las batallas de Chupas, Añaquito y Huarina. Además, en la mitad del libro hay imágenes relacionadas con aspectos culturales incas y bélicos, y a lo largo de la obra el autor intercala imágenes de Guamán Poma de Ayala que acompañan y complementan el texto.

En el capítulo introductorio, Espino dejó constancia de que su objetivo era evaluar la conquista del Tahuantinsuyo o Imperio inca y las Guerras Civiles desde la perspectiva de la «Nueva Historia de las Batallas» (pág. XXI) centrándose en la estrategia construida alrededor de las armas de fuego. El autor también

expuso las líneas generales de la evolución armamentística en Europa durante los siglos XVI y XVII, el armamento utilizado en las Indias y la importancia que tenían cada arma y cada colectivo en el contexto de las guerras contra los incas y en las Guerras Civiles. Finalmente, explicó la trascendencia de la experiencia militar adquirida en las guerras europeas.

En el primer capítulo, Espino presenta una panorámica del Tahuantinsuyo; para ello, combina las líneas generales del proceso expansivo con otros aspectos organizativos del imperio, como la administración, las comunicaciones o cuestiones culturales; asimismo, el autor expone diversas cuestiones militares.

En el segundo, desarrolla la conquista del Imperio inca y expone en general las primeras expediciones, si bien va pormenorizando progresivamente la descripción hasta esclarecer en profundidad la batalla de Cajamarca; también narra la entrada de Pizarro en Cuzco, el sitio que Manco Inca estableció después y la invasión de Quito por parte de Benalcázar.

En el tercer capítulo, cuenta no solo el periplo que realizó Almagro en Chile, sino también el proceso de conquista que encabezó Valdivia; además, menciona la batalla de Andalién y la tenaz resistencia indígena.

Los siguientes capítulos hacen referencia a las Guerras Civiles. Así, en el cuarto, desarrolla la guerra entre Almagro y Pizarro, y el autor sitúa el inicio de los acontecimientos en la toma de Cuzco por parte de los almagristas. A continuación, prosigue comentando la batalla de las Salinas, la ejecución de Almagro, el asesinato de Pizarro por parte de Almagro el Mozo, su posterior derrota por el realista Vaca de Castro en la batalla de Chupas y su ejecución.

En el quinto capítulo, el autor explica la llegada del virrey Blasco Núñez Vela con el proyecto de implantar las Leyes Nuevas, el consiguiente levantamiento que generó y su derrota en Añaquitos; asimismo, desarrolla la llegada de la Gasca, el rol que desempeñó Francisco de Carvajal y la batalla de Huarina, y termina el capítulo comentando la pérdida de apoyo que Gonzalo Pizarro sufrió en la batalla de Jaquijaguana y su ajusticiamiento.

Por último, el sexto capítulo sostiene que Francisco Hernández Girón encabezó a los descontentos del reparto realizado por La Gasca tras derrotar a Pizarro, y a pesar de que el alzado obtuvo una victoria en la batalla de Chuquiaguana, fracasó en una encamisada que tuvo como consecuencia su captura y ejecución.

Seguidamente, concluye diciendo que durante la conquista del Imperio inca, comprendida entre el año 1531 y el 1572, tuvieron lugar las Guerras Civiles, que enfrentaron a los colonizadores entre 1537 y 1554 y se saldaron con más muertes que muchas campañas de invasión. También observa que las tropas de las Guerras Civiles se sufragaron con el botín de la conquista, se destaca el uso y evolución del caballo y la importancia de las armas de fuego o las picas, en contraposición con la ausencia de referencias documentales de las ballestas; los indígenas tuvieron relevancia en la logística y los esclavos africanos desempeñaron algunos roles en la batalla. Asimismo, el autor afirma que la clave del éxito no solo yacía en el entrenamiento, la disciplina y el equipamiento, sino que también dependía del manejo eficaz de los escuadrones.

Finalmente, el autor hace notar que, junto con la crueldad y la traición de las Guerras Civiles, es fundamental el aspecto económico a la hora de decantarse

por un bando u otro, sobre todo después de la llegada de Blasco Núñez Vela y el intento de aplicar las Leyes Nuevas, con perjuicio para muchos encomenderos.

Después se puede observar un apéndice en el que el autor comenta y contextualiza los principales cronistas utilizados, la bibliografía y un índice analítico donde se referencian todos los nombres de los personajes que aparecen en la obra y se indica si fueron pizarristas o bien siguieron a Diego de Almagro (padre o hijo), si secundaron el levantamiento de Gonzalo Pizarro o si, en cambio, apoyaron a las tropas realistas.

Sin duda alguna, la lectura de esta obra aporta datos muy útiles que amplían el conocimiento y la comprensión de determinadas fases de la invasión del Tahuantinsuyo y de las Guerras Civiles.

También considero importante señalar que la lectura de esta obra no puede dejar indiferente a nadie porque, mediante una narración excelsa, este libro brinda descripciones muy completas de algunos episodios atroces que se vivieron a lo largo de la conquista de las Indias, al tiempo que hace hincapié en el precio en sangre que tuvieron la conquista y colonización.

David Tella Ruiz
Universidad de Barcelona, España

Ibáñez, Carmen. *Consecuencias políticas de la migración interna en Bolivia.* Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2019, 298 págs.

Escribir esta reseña del libro de Carmen Ibáñez, la publicación de su tesis doctoral con el mismo título, es como escribir una necrología del Estado boliviano que fue y una vista a lo que puede venir en los próximos meses.

Este libro es uno de los trabajos que se enmarcan dentro de las innovadoras perspectivas que provienen de Bolivia en los últimos años, y que han enriquecido el debate académico de una manera importante, pues este debate está relacionado de manera indisociable con las luchas políticas. Son las actividades políticas que influyeron inmediatamente en la producción académica, y viceversa, es la producción académica que interviene en la política; y es precisamente en este punto de encuentro donde se ubica la presente publicación.

Es difícil imaginar que el tema de la migración interna en Bolivia sea una cuestión tan poco trabajada en este país, que ha sufrido y sigue sufriendo de la migración externa de sus ciudadanos. Esta problemática nos abre toda una nueva visión integral y amplia de la sociedad boliviana, con sus realidades complejas y sus dinámicas internas, características que de igual manera trascienden las fronteras nacionales. El contexto histórico en que están situadas las migraciones internas está marcado por la crisis económica de 1985, que el Estado boliviano quería superar mediante un paquete de reformas que entregaron el país a la economía de libre mercado. El cierre de empresas estatales, sobre todo de las minas, y el despido de miles de trabajadores, otra vez sobre todo de los mineros,

preparaba el camino a su «relocalización», término con el que infamemente se denominó a los procesos de migraciones forzadas a las capitales, como Santa Cruz y Tarija, a ciudades satélites, como El Alto, o a las regiones de colonización, como el Chapare. Estos espacios se transformaron no solo en lugares de sobrevivencia y reproducción sociocultural, sino también en zonas de construcción de nuevas formas comunitarias, desde las cuales surgieron los nuevos actores políticos que la autora enfoca.

La autora escoge la ciudad de Tarija como análisis de caso y, apoyándose en Pierre Bourdieu, analiza la producción de un *habitus*, que se forma en los barrios, los espacios en que se funden los ámbitos de la mina, de la fábrica, de la comunidad rural como el nuevo lugar de los actores políticos que se basan en las redes sociales. Es en estos espacios donde se forman nuevas alianzas entre los inmigrantes de las Tierras Altas del país y las clases subalternas de la misma ciudad. Una alianza que se mantiene siempre hasta que interviene el *tema étnico*.

Paralelamente, la autora analiza el discurso hegemónico antimigración de las élites de Tarija, que se construye tanto desde los espacios públicos, como desde una identidad colectiva alejada del carácter indígena con el que se identificaba a la Bolivia del Gobierno de Evo Morales.

Así se entiende, porque ella escoge las clases sociales y lo étnico como ejes de su trabajo. Precisamente en Bolivia, «etnicidad» es un término con el que no solo se denomina a los grupos poblacionales, sino que además sirve para *ejecutar poder*, tanto desde arriba como desde abajo, hablando socialmente, así como desde la academia y desde la política. Eso, en un país donde la mayoría de la población se autodenomina indígena —es uno de los países más indígenas entre los países latinoamericanos—, explica la fuerza explosiva que pueden tomar las políticas etnizadas en constelaciones hegemónicas de poder, donde se asigna lo étnico a los otros, nunca a los «blancos» (sobre el uso de esta categoría, véase la pág. 130 de su libro).

Carmen Ibáñez nos da una comprensión profunda en la historia política y social de Tarija que al mismo tiempo es la historia de Bolivia misma. Aprendemos que «cada una de las diferentes clases sociales en Bolivia tiene sus “indios” y sus “señores”, como una especie de mito que permite legitimar el ascenso social» (pág. 21). Esas «clases» se distinguen por «evidencias sutiles», como dice la autora, aparentemente no importantes, «como la afección por la gordura, los gustos musicales, la manera de comer y de beber, el uso que se le da a la hoja de coca, etc.» (ibídem). Ante ello, cómo no pensar en las «distinciones sutiles» de Pierre Bourdieu, pero aplicadas a una realidad diferente. Esas «evidencias» o «distinciones» no son simplemente elementos «culturales» que hacen la diferencia entre «grupos». Al hablar de «evidencias sutiles», la autora nos muestra que no tiene sentido la compartimentación de la sociedad, del mundo, de la vida, en grupos étnicos o en cualquier otro tipo de diferenciación culturalista. Antes bien, ella opta por lo social. Por lo tanto, se basa en Bourdieu al aplicar su concepto del capital social como «herramienta teórica» (pág. 25), que permite, a los individuos y a los llamados cholos, indias, birlochas, jailones, ricachos, tatitas, chojchos, chocos, gringos y otros muchos (pág. 21), transformar sus realidades en los procesos migratorios y, sobre todo, en los ámbitos políticos. Por supuesto,

aquellas no son las categorías que encontramos entre las opciones de los censos en Bolivia.

En una escala social, cada una de estas denominaciones de estatus se nutre de lo simbólico de sus gustos «bárbaros», en contraposición con los «puros», de sus estéticas «populares», en el sentido estético de la distinción (según Bourdieu), en sus lugares bien asignados, los mismos que están transgrediendo en los procesos de migración y en los ámbitos políticos.

Entre las denominaciones de estatus, la autora nombra al «indio», a la «india», de una manera nueva y multifacética, sobre todo en su sentido político, ya que «indio» denomina a un nuevo actor social y político en la escena, cuya procedencia es indicada. De esta manera, «indio»/«india» gana una fuerza política activista desde abajo, que no forma grupo étnico alguno, sino que se presenta como actor político. Así se entiende por qué «indio» no figuró entre las categorías que ofrecían los últimos censos. Se trata de una construcción grupal desde abajo. Y es cierto que por este juego ambivalente entre la discriminación y la autodeclaración de pertenencia, cuya descripción y reflexión maneja la autora, nadie puede referirse a sí mismo con el término que no le corresponde. Ese es el trasfondo en el que podemos ubicar a la autora, precisamente porque sabemos que en ciertos contextos políticos o de intercambio académico ella misma se denomina así. Carmen Ibáñez es tanto activista como académica. Desde ese posicionamiento, ella escribe sobre la migración interna en Bolivia y sus consecuencias, que desembocaron en procesos políticos que han transformado el país profundamente.

Este estudio sociológico y de ciencias políticas también se puede entender como un estudio etnográfico, en el mejor sentido de la palabra. Siempre y en cada uno de los espacios en que está actuando en una o varias de esas identidades al mismo tiempo, la autora (socióloga, activista-«india», politóloga, madre) es la observadora participante. La observación participante es toda la vida y, junto con las entrevistas que ha llevado a cabo entre 2005 y 2014, la base de su análisis. Sus experiencias entran, somborean y colorean sus análisis en este libro. Esta etnografía es lo que hace que esta obra sea tan especial, pues en ella el yo juega un rol fundamental y muy necesario. De esta manera, este libro rompe con las fronteras entre las disciplinas.

Finalmente agregaré que, con el enfoque del «capital social» de Bourdieu, la autora logra elaborar la conversión de este «equipamiento» de los inmigrantes internos de Bolivia en «un dispositivo de participación política» para crear una «sociedad más fuerte», no solo para superar la pobreza, sino también para reforzar la sociedad civil, de modo que los sectores marginados participen más allá de su función como votantes (pág. 263). Veremos cómo reacciona la sociedad civil boliviana ante los grandes retos que significan los próximos meses para su país.

Karoline Noack
Universidad de Bonn, Alemania

